

MEDITACIÓN XCVIII

Fundamento de la confianza cristiana y sacerdotal

En cualquiera situación que nos encontremos, por grandes que sean nuestras aflicciones y penas, nuestra confianza en Dios descansa siempre sobre dos fundamentos inquebrantables: sus promesas y nuestra misma confianza: ya el Salvador reprochaba á sus apóstoles y les decía que el temor depende de nuestra poca fe: *quare timidi estis, modicæ fidei?*

I. Dios hizo la formal promesa de que nada rehusaría á la confianza.

II. Aun cuando no hubiera hecho esa promesa, nuestra sola confianza todo lo alcanzaría de su amor.

PUNTO I

Dios hizo promesa formal de que nada rehusaría á la confianza.

Aun cuando sea tan rara la buena fe entre los hombres, sin embargo nosotros juzgamos ser seguro el cumplimiento de una promesa cuando está garantizada por la palabra de un hombre de bien y consignada en un documento escrito: con mucha más razón si se ha confirmado esa palabra y ese escrito con juramento y con arras ó prendas de gran valía. ¿Quién hubiera nunca podido pensar siquiera que el Salvador no desdenaría comprometerse para con nosotros en esta forma?

Ha empeñado su palabra: *Pedid y recibiréis, llamada y se os abrirá.... Cualquiera cosa que pidáis, si vuestra fe es firme, lo conseguiréis. Todo es posible al que cree.* En el lenguaje de la Escritura *esperar y creer* significan muchas veces la misma cosa. Lo que el Señor siempre exige, y tuvo buen cuidado en manifestarlo, es la fe y la esperanza. También nos ha declarado que, antes de pedirle nada nosotros,

ya piensa El en nuestras necesidades y provee á las mismas con el afecto de un cariñoso Padre, y que sin su permisión no se nos caerá ni un cabello de la cabeza.....

Sus palabras y promesas por tanto no dan lugar á duda y son muy claras y explícitas.... Ahora bien, ¿qué fe damos nosotros á ellas? ¡Ah al ver tanta indiferencia y desconfianza casi estaríamos tentados á creer que no han salido de la misma boca que nos ha revelado esos tan incomparables misterios acerca de los cuales no nos atrevemos á tener la menor duda! Abraham cree en la palabra de Dios, y por esto mismo espera contra toda esperanza. ¿Qué probabilidad en efecto podía tener de que Isaac una vez inmolado llegaría á ser padre de una numerosísima posteridad, puesto que Dios así se lo ha prometido? Es verdad pero por otra parte ¿qué duda le podrá caber de que Dios no fuera fiel en el cumplimiento de sus promesas? ¿Será, pues, menester para que creamos que resucite un muerto? Cuando sea preciso resucitará miles y miles, anonadará este mundo y creará otro.... Hay sólo un milagro imposible á Dios y es el de faltar á su palabra.

Pero nosotros tenemos además su palabra escrita: la leemos en esos Libros Divinos, sobre los cuales seremos un día juzgados. ¿Cómo podría ese Evangelio sagrado ser aducido en contra de nosotros en el terrible tribunal, si al mismo tiempo que diera fe de nuestra desobediencia á sus preceptos, debiera también atestiguar la infidelidad del Señor á sus promesas? Sí ¡oh Señor! por lo mismo que Vos sois justo y lleno de verdad en vuestras palabras, debéis otorgarme todo lo que os pido con confianza y también todo lo que tengo derecho de esperar de vuestra infinita bondad, aun cuando yo no piense en pedirlo. Yo tengo un documento salido de vuestra mano y él me responde de todo lo que me habéis prometido. Nada, por tanto, tengo que temer. Sin embargo el Salvador me da mayores seguridades aún.

Su palabra fué confirmada con juramento. «En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta aquí nada habéis pedido *en mi nombre*, es decir con esa tan firme esperanza que os hubiera debido inspirar mi promesa y mediación. Os lo juro por Mí mismo, que soy la Verdad eterna, por Mí que aborrezco la mentira y castigo al perjurio; yo me cuidaré de vosotros si ponéis en Mí todos vuestros cuidados.» ¡Oh hombres cuán afortunados sois puesto que todo un Dios empeña en favor vuestro su palabra con juramento.... pero cuán miserables y desdichados seríais si esta tan extraordinaria bondad y condescendencia no fuera bastante para inspiraros una perfecta paz y absoluta confianza (1).

Añádase que si hay hombres que retiran su palabra, que se niegan á reconocer sus firmas ó escritos y que violan sus juramentos, nosotros sin embargo podremos lograr que cese el temor de su inconstancia ó perfidia, cuando ellos dejen prendas de gran valor y sobre todo si se entregan ellos mismos como en rehenes y en fianza de su promesa. Esto es cabalmente lo que Vos, ¡oh Dios mío! habéis querido hacer para grangearos y aseguraros nuestra confianza.

Las liberalidades del Señor, dice San Agustín, tienen este doble carácter, á saber: que mientras son un beneficio, son también como una prenda segura de nuevos beneficios (2): El me hará nuevos dones por lo mismo que ya me hizo otros. Cuando amenazó exterminar al pueblo de Israel porque se había entregado á la murmuración, Moises para aplacarle le recuerda los prodigios de bondad que El ya había hecho en su favor. Eso equivalía á enumerar los crímenes de aquel pueblo ingrato, y á justificar su cólera en vez de aplacarla, sin embargo, Dios se

(1) *O nos beatos, quorum causa Deus jurat! O miserimos, si nec Deo juranti credimus!* (Tert.)

(2) *Beneficia et pignora.*

apacó y concedió la gracia. Bien costoso es al corazón de un padre perder el fruto más dulce de todo el bien que ha hecho en favor de sus hijos. Lo que de ordinario me atormenta es el recuerdo de tan numerosas gracias que yo he recibido.... pues bien, esto por el contrario es lo que me debiera llenar de consuelos. Mientras más lágrimas y sangre haya derramado Jesucristo por mi santificación, más interés tendrá también para llevar á feliz término una empresa para la cual se ha impuesto tantos sacrificios.

Pero hay más: no son tan sólo los beneficios de que su amor me ha colmado los que me responden y aseguran los nuevos favores que yo de El espero, sino que es El mismo quien quiere ser la prenda de fianza de los grandes bienes que me tiene destinados: El en efecto es todo para mí: su Padre me lo ha donado y El mismo se entregó y se entrega por completo á mí siempre que yo lo quiera. Ofreciéndolo á su Padre yo hago valer mis derechos á la posesión de su Reino. Yo puedo decir: «El Señor es mi refugio y mi Dios es el apoyo de mi esperanza».... (1) ¡Qué paz tan inefable debiera egendrar en nuestros corazones una promesa divina tan sólidamente garantida! Sin embargo esto no es todo.

PUNTO II

Aun cuando el Señor no hubiera hecho ninguna promesa de ayudarnos, sin embargo nuestra sola confianza le hubiera colocado en la necesidad de socorrernos y salvarnos

¿Por qué?—Porque esta confianza le honra altamente y El se deshonoraría á sí mismo si no correspondiera á ella.

Parece que nuestra confianza honra á Dios y le proporciona una gloria que El en mucho aprecia y desea, y que El mismo nos la pide: «Cuando os halléis en la aflicción, invocadme; yo os libraré y así

(1) *Factus est mihi Dominus in refugium, et Deus meus in adiutorium spei me* (Ps., XCIII, 22.).

me honraréis.» (1) Esta es la mayor honra que pueda recibir de nosotros. En efecto, nuestra confianza glorifica todas sus infinitas perfecciones: la verdad de su palabra, su fidelidad á las promesas que nos hizo, su sabiduría que les hace conocer nuestras necesidades y los medios de socorrerlas, su poder que triunfa de todo obstáculo, pero muy especialmente su misericordia, su ternura inagotable por la persuasión que tenemos de que El siempre nos ama, aun cuando nos hayamos hecho merecedores de su cólera. Este honor es á la vez el más delicado y digno de El, puesto que la confianza es, propiamente hablando, el homenaje del corazón: de esto procede cabalmente esa ambición que tienen los hombres de granjearse la confianza de sus semejantes.

En fin, Dios se deshonraría á sí mismo, si permitiera que fuésemos engañados en nuestra confianza, porque entonces resultaría que la bondad divina, en vez de ser mayor, sería inferior en la realidad al concepto que de ella teníamos formado. Fundados en esta consideración enseñan los doctores que nuestra esperanza es la medida de las gracias que recibimos. Santo Tomás dice que ella es en nosotros el principio de la impetración, del mismo modo que la caridad es el principio del mérito: así como nosotros merecemos en proporción de lo que amamos, también alcanzamos en proporción de lo que esperamos.

En lo que se refiere á bondad, juzguemos del Corazón de Jesús siquiera como juzgamos del nuestro. Consideraríamos como indigno de llevar el nombre de hombre al que rehusara ayudar á su semejante que acudiera á él con confianza, sobre todo si le fuera fácil prestar aquel servicio, y mucho más si se tratara de un asunto importante ¿Cómo será posible por lo tanto, que Dios, bondad por esencia, rechaze á un hijo suyo que se arroja en sus brazos, y sobre todo tratándose de preservarlo del mal supremo, y sabien-

(1) *Invoca me in die tribulationis; cruciam te et honorificabis me.* (Ps. XLIX, 15.)

do además que para salvarle sólo le basta quererlo? ¡Ah! El Señor nos da una idea bien diferente de su inclinación á hacer el bien cuando dice: *Porque esperó en Mí, Yo le libraré; porque conoció mi nombre, Yo lo salvaré.*

¡Ah Jesús! ¡Sin duda que no conoce vuestro nombre aquel que no lo espera todo de Vos! ¡Qué pronto experimentará consuelo el alma del Sacerdote, si en esos momentos de zozobra en que se ve agobiado por pensamientos de desanimación, dirige á Vos sus miradas, y escondiéndose en la llaga de vuestro Corazón, se imagina que os oye decir á María, intercediendo en su favor: «Tengo muchos motivos, Madre mía, para socorrer á esta alma afligida: Vos me rogáis por ella, todo lo ha dejado para seguirme.... ¡Me ha costado tan cara!... Pero sin contar con otros motivos, ella ha esperado en mí, y esto basta. Corre de mi cuenta justificar su confianza; yo la libraré y haré dichosa: *Quoniam in me speravit liberabo eum*» (1). Descansen otros en la inocencia de su vida pasada y en la multitud de sus obras buenas; en cuanto á mí, Señor, no confío en otra cosa que en vuestras promesas y en mi esperanza en Vos que me habéis afirmado de una manera especial por las reflexiones que he hecho; quiero dormir en paz y reposar en Vos. (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Dios hizo promesa formal de que nada rehusaría á nuestra confianza.* 1.º Tenemos por garantía su santa palabra, esto es, la palabra del mismo Dios: *Pedid y recibiréis.* El mismo nos declara que antes de pedir nosotros ve nuestras necesidades y las provee con el afecto de un Padre cariñoso. Sus oráculos son claros y no dan lugar á duda. ¿Qué fe

(1) Ps., XC.

(2) *In pace in idipsum dormiam et requiescam; quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.* (Ps., IV.)

les prestamos nosotros? 2.º Tenemos por garantía *su palabra escrita*. ¿Cómo podría ese Evangelio Sagrado ser aducido en contra de nosotros en el terrible tribunal, si al mismo tiempo que diera fe de nuestra desobediencia á sus preceptos, debiera también atestiguar la infidelidad del Señor ó sus promesas? 3.º Tenemos por garantía *su divina palabra* confirmada por un juramento. ¡Qué felicidad! ¡Tener en nuestro favor el juramento de todo un Dios! ¿Cuál no sería nuestra miseria si no creyésemos al mismo Dios que empeña su palabra con juramento? 4.º En fin tenemos por garantía *prendas infinitamente preciosas*. Estas son los beneficios que ya hemos recibido de Dios, esto es, El mismo, Jesucristo, Hijo de Dios que se dió como prenda de la soberana bienaventuranza que nos tiene prometida.

PUNTO SEGUNDO.—*Aun cuando el Señor no hubiera hecho ninguna promesa de ayudarnos, sin embargo nuestra sola confianza le hubiera colocado en la necesidad de socorrernos y salvarnos.* 1.º Nuestra confianza honra á Dios y le proporciona una gloria que mucho aprecia y desea y que El mismo nos la pide. «Cuando os halléis en la aflicción invocadme, que yo os libraré y así me honraréis» La confianza es el homenaje más apreciado, es el homenaje del corazón; de esto procede cabalmente esa ambición que tienen todos los hombres de granjearse la confianza de sus semejantes. 2.º Dios se deshonraría si permitiese que fuésemos engañados en nuestra confianza. Por lo que toca á bondad juzguemos del Corazón de Jesús siquiera como juzgamos del nuestro. ¿No consideraríamos como indigno de ser llamado hombre aquel que rehusara ayudar á su semejante cuando este acudía á él con confianza y sobre todo si se tratara de un hijo suyo y le fuera muy fácil prestar aquel servicio? ¿Meditemos estas palabras: *Porque ha esperado en Mí, Yo le libraré*; y repitamos con alegría: *Yo espero en Vos, Señor, y jamás seré confundido.*

MEDITACIÓN XCIX

Alegría espiritual

Nada honra tanto al yugo suave de Jesucristo como la serenidad manifestada en el rostro de los que le llevan. Los Sacerdotes deben dar á los fieles ejemplo de la santa alegría que la Iglesia quiere ver siempre en el corazón de sus hijos. En el tiempo mismo en que se da toda á la penitencia interrumpe sus lamentos y nos excita á esta santa alegría (1).

I. Que es la alegría espiritual y que idea debemos tener de ella.

II. Dios desea mucho que siempre la tengamos.

III. Cuán útil y necesaria sea para nuestra santificación.

PUNTO I

Verdadera idea de la alegría espiritual

El apóstol San Pablo, en su epístola á los Filipenses, les dice: *Hermanos míos, regocijaos sin cesar en el Señor: os lo digo también otra vez: regocijaos. Que vuestra modestia sea conocida de todo el mundo, porque el Señor está cerca. No os inquietéis por nada; mas en cualquier estado en que os hallareis, presentad á Dios vuestras peticiones por medio de súplicas, acompañadas de acciones de gracias.* En estas palabras tenemos los caracteres y los motivos de una alegría sólidamente cristiana. La alegría verdadera tiene su origen en Dios: *in Domino*; y esto la hace constante é inaltera-

(1) En el introito de la Misa del tercer Domingo de Adviento y cuarto de Cuaresma, las primeras palabras que nos hace oír son estas: «Regocijaos en el Señor...., entregaos á la alegría.... *Lætare... Gaudete....*»

ble. La alegría ó contento que proviene de la satisfacción de las pasiones se desliza como un torrente que luego pasa, no dejando en pos de sí otra cosa que impuro fango. La que viene de las criaturas, aun suponiéndola inocente, es á lo menos vana, superficial y pasajera, como los mismos bienes que la ocasionan. La única que puede llenar el corazón es la alegría espiritual: *semper*. Es una alegría modesta, que nada tiene de común con las locas y turbulentas alegrías del mundo. La razón que da el Apóstol es que está fundada en nuestra fe, en la presencia de Dios: *Dominus prope est*, en su poder, en su bondad, y en su fidelidad en cumplir sus promesas; de donde nace en nosotros el afecto de la confianza. Y á la verdad que, si consideramos esto...., ¿quién habrá que pueda inquietarnos? Dios está en todas partes, todo lo ve, todo lo puede, y además quiere siempre nuestra felicidad: nuestros son sus tesoros, en nuestras manos ha puesto la llave de ellos; esta llave es la oración, de que quiere nos sirvamos siempre (1). La oración animada por el recuerdo de los beneficios recibidos y que todavía esperamos recibir, todo lo obtiene: *Cum gratiarum actione petitiones vestrae innotescant apud Deum*. La alegría espiritual es un don del Espíritu Santo y un principio de participación de Dios mismo: *Intra in gaudium Domini tui*. Esa alegría, aquí en la tierra, cae gota á gota en el alma de sus elegidos: pero en el Cielo la deja, cual torrente, inundada.

¿Qué es, pues, regocijarnos en Dios? Es poner toda nuestra satisfacción, nuestra única felicidad en El y en su servicio. Cuando nos complacemos en el cumplimiento de su voluntad; cuando nos felicitamos de ser servidores y criados de tan grande y tan buen Señor.... hijos de tan tierno Padre....; cuando nos alegramos y congratulamos del amor que nos tiene...., de las pruebas que nos impone.... de los dones que de El esperamos...., entonces regocijémonos en Dios con

(1) *Oratio justí clavis est cæli*. (S. Aug.)

una alegría y paz interior que el mundo no conoce. Pero esta alegría y regocijo del alma es mucho más perfecta cuando con satisfacción y gusto interior nos ponemos á contemplar sus infinitas perfecciones, su absoluta independencia y felicidad suprema, que no pueden alterar ni perturbar los atentados todos de los malos corazones; entonces nuestra alegría es la alegría, el amor del niño, que se complace en estar mirando y contemplando á su padre, sintiéndose enteramente satisfecho, enteramente feliz con esta dicha.

PUNTO II

Cuán agradable es á Dios nuestra alegría espiritual

Habiéndonos Dios criado á su imagen y semejanza, su voluntad es de que, en cuanto esté de nuestra parte, nos asemejemos á El. Desfiguramos en nosotros esta divina imagen porque Dios es la alegría como El es la caridad. Apenas hay página de los libros santos en que no encontremos invitaciones, exhortaciones y estímulos apremiantes, ya á los pecadores para que se conviertan y vuelvan á Dios, ya á los justos para que se alegren en el Señor. Es tan agradable á Dios nuestra alegría cuando El es su objeto, que es el medio más seguro de alcanzar todo aquello de que tenemos necesidad (1).

La alegría es fruto de la gracia, don del Espíritu Santo (2); ella es todo nuestro bien, Sacerdotes fieles; nadie puede disputarnos su posesión. ¿Queremos buscar al Señor...., queremos ser en todo y por todo de El? Basta: ya tenemos derecho á regocijarnos (3). Oigámosle, cuando tantas veces nos exhorta al júbilo á los trasportes de alegría, á los goces á una vi-

(1) *Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui* (Ps., XXXVI, 4).

(2) *Fructus Spiritus est gaudium* (Gal., V, 22).

(3) *Lætetur cor quærentium Dominum* (Ps., CIV).

da alegre. ¡Oh! una de las mayores alabanzas y más dignas de Dios, es el encontrarse feliz sirviéndole solamente. (1). ¿Y de quién como de nosotros podemos decir que Dios nos cubre con sus alas, como la gallina cubre sus polluelos? ¿Y nos hemos de dejar llevar de la turbación y de la tristeza, cuando por esta razón el Profeta rebosa de gozo y alegría? (2)

Pero no me digáis que si se nos manda tener alegría también se nos ordena é inculca el temor. No, vuestros desmayos, agitaciones y perturbaciones no son el temor que Dios ordena. El temor santo no hiela ni perturba el corazón, sino que por el contrario es indispensable para poseer la alegría y para lograr este temor saludable: David así nos lo enseña: *Haced que mi corazón se regocije para que yo tema vuestro Nombre* (3). Los Santos temen desagradar á Dios, porque nada desean tanto como hacer su santísima voluntad y gusto, como el mayor de los bienes; y temen el disgustarle como el mayor de los males. Este temor tiene su principio en el amor. «El temor de Dios, dice el Sabio, es motivo de gozo y corona de alegría; regocijará el corazón del justo, y después de haberle preservado del pecado le dará la paz y la salud (4). Si queremos ofrecer algo al Señor..., si le hacemos algún sacrificio, no lo hagamos con tristeza ni como con violencia, porque El no agradece esos sacrificios; ama, por el contrario, al que da con alegría y espontáneamente (5). Si vamos á orar al templo, que nos acompañe y entre con nosotros el gozo; ¡Ah! No le apartemos de nosotros contra la voluntad de Dios, que quiere ardientemente llenarnos de su regocijo en su casa (6).

(1) Ps., XXXII, 1.

(2) *In velamento alarum tuarum exultabo* (Ps., LXII)

(3) Ps., LV, 10.

(4) Eccli., I.

(5) *Hilarem enim datorem diligit Deus* (II Cor., IX, 7).

(6) *Lætificabo eos in domo orationis.* (Is., LVI, 7.

PUNTO III

— **Cuán útil y necesaria es la alegría para nuestra santificación**

Empecemos por meditar estas sagradas palabras: *La alegría del corazón es la vida del hombre y un tesoro inagotable de santidad* (1). Efectivamente, la alegría espiritual, así como la verdadera piedad, de que es inseparable, es tan útil para todos, que su influencia se extiende, no sólo á la vida presente, sino aun á la futura. Desde este último punto de vista la vamos á considerar ahora.

Si la tristeza agota y consume al espíritu (2), y arrastra á muchos á la infelicidad eterna, la alegría espiritual, al contrario, es la que le fortalece, le anima, le da vida y le salva; es como una defensa de la virtud y medio poderoso para reparar sus pérdidas. ¿Nos hallamos rodeados de tentaciones? ¿Las pasiones quieren rebelarse dentro de nosotros?.. Si la tristeza llega á apoderarse de nuestro corazón, pronto nos encontraremos envueltos en tinieblas, perderemos las fuerzas espirituales y seremos vencidos. Echaremos mano á las armas de la oración, nos valdremos de la confianza en Dios, de la mortificación..., pero al orar no hallaremos sino disgusto, nos abandonará la confianza en Dios y se nos hará difícil é impracticable la mortificación. Mas si, por el contrario la alegría de la esperanza llena nuestra alma, Dios vendrá en nuestra ayuda: lo ha prometido; y aun cuando no tuviésemos otra razón ni otro medio para defendernos de las asechanzas del demonio, que no es enemigo nuestro sino porque lo es de El, sola nuestra esperanza en el Señor sería bastante para obligarle en nuestro favor. ¿Hemos tenido la desgracia de condescender con el enemigo? ¡Ah! No nos turbemos..., arrepintámonos.... Que la esperan-

(1) *Jucunditas cordis haec est vita hominis et thesaurus sine defectione sanctitatis* (Eccli., XXX, 23).

(2) Ibid.

za del perdón venga á dar seguridad á nuestra alma agitada por la primera impresión de la caída, y nos volverá á la amistad de Dios; sí, dándonos la alegría, nos dará también la salvación (1). ¿Nos invade la tristeza considerando la dificultad del cumplimiento de nuestros deberes? ¿No sabemos que la alegría da fuerzas en los trabajos y dificultades más arduas?... Nada les facilita tanto como ella, pudiéndose decir de la alegría lo que con tanta verdad se dice de la caridad perfecta que «nada le pesa ni le cuesta, que da ánimo para emprender más de lo que puede y no pretexto nunca imposibilidad.... porque todo lo puede.» (2) Al contrario, nada enerva tanto el valor y la resolución, dejando al alma débil y apocada, como la tristeza; verdad práctica que todos por experiencia conocen. El hombre en tal estado, con la menor dificultad se abate...., halla disgusto en su trato y relaciones con los demás...., anda siempre descontento de los otros y de sí mismo, lleno de cavilaciones y sospechas infundadas....; la tristeza, en fin, arrastra al hombre á uno de dos precipicios por lados enteramente opuestos: á la desesperación, ó al amor desenfrenado de goces mundanos ó pecaminosos. Luego la alegría no solamente nos es útil, sino aun necesaria para alcanzar la virtud, y adelantar en ella. El corazón del hombre, dice San Gregorio, no puede hallarse sin algún goce: *Si no le halla en la virtud, lo va á buscar en el mundo, en la satisfacción de las pasiones* (3). La tristeza es un obstáculo para la virtud, y más para la perfección, que la Iglesia pide con instancia *que nos veamos libres de la tristeza presente y que nos alegremos de la eterna alegría* (4).

Si nosotros, Señor, os amásemos, tendríamos la verdadera alegría, alegría inalterable; y siuviésemos alegría espiritual, entonces sí que os amaríamos

(1) *Redde mihi letitiam salutaris tui* (Ps., L.).

(2) *Imit.*, III, V.

(3) *Sine delectatione anima nunquam potest esse; nam aut infirmis delectatur aut summis* (l. XVIII, Moral., c. XVIII).

(4) *A presenti liberari tristitiam et eterna perfrui letitia.*

porque la alegría espiritual dilata el corazón y le abre á las más dulces impresiones del amor.... ¡Oh Dios y Señor nuestro! Dadnos vuestro amor, ó más bien, haced que os amemos, porque vuestro amor siempre nos lo dáis....; dadnos la alegría santa que viene de vuestro amor; y nada podrá separarnos de Vos ni turbar nuestra felicidad.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Verdadera idea de la alegría espiritual.* San Pablo nos la da: *Hermanos míos, regocijaos sin cesar en el Señor: os lo digo otra vez; regocijaos. Que vuestra modestia sea conocida de todo el mundo, porque el Señor está cerca.* La santa alegría tiene su origen en Dios: *in Domino*: fuente inagotable y que mana continuamente: *semper*. Ella es modesta y está llena de seguridad, porque el Señor está próximo á ella: *Domini prope est*. Es en su presencia que yo me regocijo; y de ahí procede mi modestia y mi confianza.— Yo me regocijo en el Señor cuando me regocijo en el amor que me tiene, cuando cifro mi alegría en hacer su voluntad, cuando me siento dichoso por su bienaventuranza.

PUNTO SEGUNDO.—*Cuán agradable es á Dios nuestra alegría espiritual.* Nos crió á su imagen y semejanza: esta imagen nosotros la desfiguramos con nuestras tristezas porque Dios es la misma alegría como es la misma caridad. La alegría en el Señor es el amor más puro. Es tan agradable á Dios que es el medio más seguro de alcanzar todo aquello que necesitamos: *Delectare in Domino*.

PUNTO TERCERO.—*Cuán útil y necesaria es la alegría para nuestra santificación.* El Espíritu Santo ha dicho: *La alegría del corazón es la vida del hombre y un tesoro inagotable de santidad.* Si la tristeza se apodera de nuestro corazón, os encontraréis envueltos en tinieblas, perderéis las fuerzas espirituales y seréis vencidos. Al corazón del hombre le es necesaria la alegría: si no se encuentra bien firme en la virtud pronto caerá en el desorden. La alegría dilata el corazón y lo dispone para las dulces impresiones del Santo amor. La Iglesia manda con insistencia *que nos veamos libres de la tristeza presente y que nos regocijemos de la alegría eterna.*